



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

LUNES 15 DE MAYO DE 1871.

NÚM. 77.



LA LUZ.

Decíamos en nuestro artículo de fondo del número próximo pasado, que la instrucción de su pueblo es una de las cosas que miran con mas afán y mas interés los norte-americanos. Allí no es solo el Gobierno el que gasta crecidas sumas en la educación popular, y eso que el presupuesto destinado á la instrucción pública escude al de Marina y al de Guerra, llegando la liberalidad sobre este punto en algunos Estados á ser tan grande, que se dedican á los gastos de escuelas la tercera parte de los impuestos. Los particulares hacen mas, y eso que el Gobierno hace muchísimo. Hoy un comerciante lega 400.000 duros para la creación de dos colegios destinados á jóvenes de ambos sexos en la ciudad de Cincinnati: mañana, un excelente cervecero de Poughkeepsie, destina la misma cantidad para otro colegio, donde se dé á la mujer la educación mas sólida, y se la inicie en los mas elevados principios de las ciencias; y al día siguiente, un obrero que ha realizado milagros en su industria, y la cual le ha pagado sus nobles esfuerzos enriqueciéndole, dá 500.000 duros para fundar una universidad en la ciudad de Ithaca. ¿Se ven en Europa con mucha frecuencia estos rasgos de noble desprendimiento en favor de la instrucción? Por desgracia no. La instrucción es la salvaguardia de las instituciones democráticas, ha dicho un escritor. Por eso, como en los Estados-Unidos esta salvaguardia es perpétua, no se conocen allí esas revoluciones periódicas que atormentan á los pueblos europeos, y una de las cuales está acabando de devorar á Francia, cuando debía emplear los recursos que le ha dejado una guerra estéril y sangrienta en fomentar la ilustración de sus masas para que otra vez no se dejen engañar miserablemente por el pedazo de pan que les arroje un cesarismo corruptor y envilecido.

Un orador célebre, Daniel Webster, decia en Nueva York: «Ningun peligro puede venirnos de fuera: el peligro que yo temo es la indiferencia por los asuntos del país: hacedle inteligente, y tendrá vigilancia: dadle los medios de descubrir el mal, y encontrará el remedio.» Es admirable lo que allí sucede. Una vasta red de escuelas llena las ciudades de la Unión: el niño del rico y el del pobre se sientan juntos en el mismo colegio,

que allí las escuelas públicas, al contrario de lo que pasa en Europa, son frecuentadas lo mismo por los hijos de los proletarios que por los de los potentados. Allí empiezan á conocer los niños prácticamente la igualdad. Estas escuelas son gratuitas y en nada se parecen á las nuestras, raquíticas y pobres. Una sala alquilada en cualquier casa, he aquí nuestra escuela comunal. Las de los Estados-Unidos son edificios construidos *ad hoc*, con salas magníficas perfectamente ventiladas y aseadas, y espléndidamente provistas del material que las es necesario. El Estado paga una parte de los gastos, y en cambio exige relaciones detalladas y minuciosas del estado de la enseñanza, que publica todos los meses para que se conozca la altura de instrucción á que se encuentra cada localidad. La ciudad contribuye en la otra parte, que es siempre la mayor. En aquel país de energía, de actividad y de trabajo, predomina el principio verdaderamente grande y fecundo de que debe dejarse todo á la iniciativa individual, y solo se acude al Estado cuando ni el individuo ni la asociación son bastante poderosos para satisfacer la necesidad sentida. Por eso cada municipio establece allí las escuelas que quiere y las dota segun sus recursos, y por mal que las dote, las dota siempre espléndidamente.

Los yankees han comprendido que una gran parte de la felicidad de las naciones depende de su instrucción. Esta absorbe en la poderosa ciudad de Nueva-York la quinta parte del presupuesto municipal. En Massachusetts, sucede lo propio. En todas partes las ciudades se gravan con impuestos onerosísimos para satisfacer esta necesidad, una de las primeras de la vida americana.

No queremos hacer el contraste de tanta emulación por la educación popular con el estado de atraso y de miseria que en este punto se encuentra nuestro país. El sueldo de nuestros maestros es pequeño, y sobre pequeño no se les paga. Los ayuntamientos mas bien tienden á cerrar escuelas que á abrirlas. El material falta en ellas. Las provincias, si hoy, á fuerza de fuerzas, fundan un instituto, le cierran á los dos ó tres años, como sucede con el de Teruel que se cerrará á la conclusión del presente año académico. Los particulares no ayudan al Gobierno. El Gobierno necesita el presupuesto de Instrucción pública para englobarle en el de Guerra. Los cañones se lo llevan todo. ¿Se quiere que de esta suerte lleguemos á ser un pueblo

grande y digno? Mientras no hagamos algo diametralmente opuesto á esto, siempre estaremos marcados con tinta negra en el mapa de los pueblos cultos.

LA SEPARACION DE LA IGLESIA Y DEL ESTADO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

I.

Uno de los principios mas grandes y de mas prósperos y felices resultados que ha hecho surgir de la nada nuestro gran siglo, es el que sirve de epígrafe á este artículo. La separación de la Iglesia y el Estado en los países en que está establecida, paga con abundantes recompensas á los que han tenido el valor de no asustarse ante ella y plantearla en su nación. Iguales todos los cultos, ninguna religion puede quejarse de que se privilegie á las demas. El Estado las considera á todas igualmente, y las deja que se muevan y se desarrollen cada una dentro de su propia esfera.

¡Ojalá nuestros legisladores no se asustaran de esto que es un ideal para nosotros, y le realizaran, que al cabo fué uno de los primeros principios proclamados por la revolución de Setiembre! No habria templos, sueldos, honores, distinciones para una iglesia, en cambio del silencio y del vacío, cuando no del menosprecio, para otras. Inspírense, los que se hallen en el caso de resolver esta contradicción, en los altos principios del derecho y de la justicia, y los beneficios que reportan los Estados Unidos con la separación de la Iglesia y del Estado, los reportará igualmente nuestro país.

A nadie mas que á los católicos favorecería esta medida. Como prueba de ello, vamos á citar unos cuantos datos de lo que sucede en la tierra de Washington.

Allí la vida individual y la asociación, son poderosas. La parroquia de San Estéban en Nueva-York contiene una población católica de yenticinco mil almas; y siendo capaz la iglesia para contener cuatro mil fieles, todos pueden oír misa el domingo por la mañana. La iniciativa individual es la que ha levantado este templo, y la que ha buscado los recursos cuantiosos que han sido precisos para su erección. En la capilla baja y larga que se es-

tiende bajo la nave de San Estéban, tiene lugar todos los domingos esa innovación que el catolicismo ha tomado del protestantismo; la escuela dominical. En este día, un tropel de niños y niñas se precipitan tumultuosamente en la sala. Los unos se colocan á un lado, las otras á otro; se encienden los cirios, canta el coro, y el órgano hace resonar el templo con sus brillantes armonías. Pocos años hace aun que el actual director de esta escuela, Mister Tomás Dwyer la abrió, y entonces solo respondió á su llamamiento un centenar de niños. Hoy cuenta con mas de tres mil quinientos. Concluida la misa, los alumnos se congregan en torno de sus maestros. Durante tres cuartos de hora, preguntas, respuestas y toda clase de esplicaciones se cruzan entre el maestro y los discípulos, despues de lo cual sube el director de la escuela Mister Dwyer á la tribuna, lee el Evangelio del día, le comenta durante unos pocos instantes, hace una corta plegaria, y la reunion termina por medio de un cántico como sucede en las escuelas protestantes.

Los curas están allí mejor retribuidos que en la mayoría de las naciones de Europa. No queremos hablar de España sobre este punto; sobre tener aquí un cura párroco, tres, cuatro ó cinco mil reales, no se les pagan sino tarde y mal, de suerte que se muere católicamente de hambre. En los Estados Unidos, un vicario no tiene un sueldo fijo menor de cuatrocientos dollars, que unido á las obviaciones eventuales, forman una suma, si no bastante para vivir con esplendor, á lo menos para vivir con decoro. Al principio del siglo habia en Nueva-York tan solo dos ó tres establecimientos católicos casi nulos; hoy se cuentan á docenas. Hasta 1808 no llegó á establecerse allí un obispo; hoy se cuentan en su diócesis ochenta y ocho iglesias, veintinueve capillas, cuatro seminarios, veintitres colegios, diez y seis conventos, once hospitales, y multitud de escuelas unidas á cada parroquia.

A estas horas estará ya levantada una magnífica catedral capaz de contener diez mil personas, que se estaba elevando en el año sesenta y nueve en la quinta avenida de Nueva-York, y la cual podrá servir de iglesia metropolitana. Como prueba de la prosperidad á que ha sabido elevarse el catolicismo por su propia iniciativa y sin la cooperacion del Estado en ese país, citaremos el hecho de que la sola diócesis católica de Nueva-York, posee en la actualidad la suma de cincuenta millones de duros de propiedad inmueble.

El modo de formar las iglesias allí, es este. La iglesia de San Estéban, por ejemplo, de que antes hemos hablado, no basta á satisfacer las necesidades de sus numerosos fieles. Pues se saca de su circunscripción una faja de cerca de una milla, que contiene un casco de poblacion católica de diez mil almas, y con ellos se forma una parroquia nueva. El arzobispo busca entre sus curas uno apto, inteligente y activo, y le confía la mision de organizar moral y materialmente la nueva iglesia naciente. El cura, puesto en este caso, obra ya con absoluta independencia. Él ha de allegarse recursos para levantar el templo, para crear escuelas, seminarios, etc. En los primeros momentos el cura alquila una sala para celebrar su misa y su culto. Los gastos que esto ocasiona se sufragán fácilmente con el alquiler de los bancos, con el producto de las misas del domingo y de los otros días de la semana, y los mas cuantiosos de entierros, bautizos, casamientos y otras añagazas del catolicismo ro-

mano á que este no renuncia ni en aquella tierra clásica de la libertad y del buen sentido. A cada oficio se hace una colecta. Tanto de los emolumentos anteriores, como de lo que produce la colecta, despues de deducidos gastos, siempre queda un remanente que se va guardando para la construccion del templo. Se nombra una comision, y se abre una suscripcion para allegar nuevos fondos. Al cabo de siete ú ocho años, una iglesia elegante y sólida se alza del suelo y preconiza la iniciativa yankee. Bello presbiterio; una casa de cinco ó seis piés al lado de ella, donde pronto se reunen dos ó tres mil niños en escuelas confortables; este es el resultado de los esfuerzos del cura que tiene talento y actividad. Y esto no es hablar de memoria. A mas de la iglesia de San Estéban y otras muchas, ahí está la iglesia del doctor Morrogha, que ha costado cerca de doscientos mil duros. ¡Bendita mil veces la fuerza de la iniciativa individual y de la asociacion!

Aducidos estos datos que ampliaremos en otro artículo, no queremos volver los ojos á nuestro país. Un clero muerto de hambre; escuelas casi desiertas. Hé aquí lo que se ve en todas partes. Las ideas son lógicas. Cuando se realiza un principio funesto, la vida de aquellos á quienes alcanza es miserable y raquítica.

AL MISIONERO APOSTÓLICO DON F. S. GARRETON.

He leído en el núm. 126 de *El Diario de Zaragoza* la carta que Vd. dirige al señor cura de Santa Engracia, y la proposicion que Vd. me hace respecto á disputas públicas sobre nuestras respectivas religiones.

Admito con gusto una discusion pública que me proporcionará el inefable placer de anunciar el Evangelio á todas las personas que se interesen en ella. El terreno de la discusion será la prensa, y nuestras armas las razones. Así será la discusion digna del público y de nosotros.

Si al proponerme disputas públicas, Vd. ha entendido que debemos encontrarnos en un lugar cualquiera, delante de un número de personas designadas de antemano por nosotros mismos, para esponer de viva voz las razones que nos asisten para creer lo que creemos, me permitirá Vd. que le diga que no es ese el mejor camino para llegar á obtener un resultado bueno y útil. Hé aquí en lo que me fundo:

Desde la Reforma hasta nuestros días, muchas han sido las discusiones orales que se han tenido en los diferentes países de Europa, y los contendientes se han separado siempre atribuyéndose la victoria. ¿Puede Vd. decirme lo que con esto se adelanta?

En mas de una discusion ha sucedido que los oyentes de ánimo exaltado no han podido escuchar con la tranquilidad debida las razones aducidas en contra de sus creencias, y han atacado brutal é injustamente á sus adversarios, con gran menoscabo del Evangelio. Y puedo decirle que los que casi siempre han cometido estos excesos han sido los católicos romanos. ¿Cree Vd. que debemos nosotros dar margen á desórdenes de este género?

Por crecido que sea el número de personas que asistan á nuestras discusiones, siempre será reducido en proporcion de las que pudieran escucharnos. Por eso le propongo como medio para dar publicidad á nuestros argumentos, la

prensa, y como tribunal que nos juzgue, á todo el mundo. Vd. que con tanta amabilidad se comprometia á obtener el correspondiente permiso de la autoridad local, no tendrá dificultad ninguna en encontrar un periódico que profese sus ideas y quiera insertar integros los escritos que publiquemos.

Vea Vd. cuáles y cuántas son las ventajas que ofrece la imprenta. Vd. ha dicho en su carta al señor cura de Santa Engracia, que le «parece imposible que el aludido (refiriéndose al Sr. D. Narciso Ena), se haya pasado con armas y bagajes de la verdad al error, cualesquiera que hayan podido ser los esfuerzos de los agentes de la Sociedad Bíblica.» Si Vd. hubiera dicho oralmente lo que acabo de copiar de su carta, pocas serian las personas que supieran el error en que Vd. ha incurrido. Pero Vd. lo ha hecho imprimir, y cuantos conocen los estatutos de la Sociedad Bíblica saben que esta Sociedad no hace mas que imprimir la Palabra de Dios y distribuirla, sin permitir á sus agentes que espendan ni aun folletos religiosos, ni menos que hagan esfuerzos para ganar á D. Narciso Ena ni á ningún otro vicario de España.

Si Vd. no lo hubiera impreso, no seria tan fácil probar á Vd. que habla de lo que no sabe. Por eso deseo tambien que se imprima cuanto se nos ocurra decir en defensa de nuestras creencias, para que todo el mundo pueda tener conocimiento de los errores en que Vd. incurra, é incurrirá en muchos, al sostener la religion de su maestro y soberano oráculo, el obispo de Roma.

Yo anhelo que llegue el momento en que pueda esponer el Evangelio de Cristo tal y como lo encuentro en las Santas Escrituras, única regla para mí en materias religiosas. Yo anhelo probar á Vd. que la salvacion por gracia es la esencia del cristianismo y no la salvacion por las obras que Vd. y sus correligionarios predicán, alterando por completo la doctrina de Cristo y de sus apóstoles. Yo anhelo probar á Vd. que el hombre se justifica por la fé, y que para aquellos que están unidos por Cristo por medio de la fé no hay condenacion, porque Cristo los ha purificado con su preciosa sangre. Yo anhelo probar á Vd. que la infalibilidad del Papa, el Purgatorio, la misa, las indulgencias, el culto á los santos, la confesion auricular, el valor meritorio de las obras, el poder temporal de los Papas y otros dogmas parecidos á estos, son invenciones de la Iglesia romana sin ningún fundamento bíblico. En una palabra, anhelo probar á usted que nosotros, conocidos vulgarmente con el nombre de protestantes; que nosotros los descendientes de Valera, Valdés, Herrezuelo, Ponce de Leon, Julian Hernandez y otros varios ilustres españoles, perseguidos unos y quemados otros por los secuaces de Roma, somos los verdaderos discípulos de Jesucristo, y que los católicos romanos no lo son. Voy á suministrar á usted una prueba.

Dice Vd. en su carta ya citada «que no volverá la espalda al protestantismo triunfante en este momento.» «Yo miro, añade Vd., á la insignie mártir Santa Engracia y de todo corazón deseo emular su gloria, diciendo cara á cara la verdad á los propugnadores del error y á los fariseos modernos.» Dejando á un lado eso de *propugnadores*, palabra latina, pero que Salvá no consigna en su diccionario de la lengua castellana, y de fariseos que tan bien se aplica á ciertos sacerdotes romanos, le diré que para anunciar la verdad, yo no miro á Santa Engracia, sino á Jesucristo mi Maestro, que me ha

enseñado el deber en que estoy de confesar su santo nombre delante de todo el mundo. Ustedes los romanistas se encomiendan antes de acometer una empresa cualquiera al santo de su devoción; nosotros nos encomendamos única y exclusivamente á Jesucristo, á El invocamos y solo en El confiamos. ¿No tengo, pues, razon en afirmar que somos mas cristianos que los romanistas?

Dice Vd. tambien que el protestantismo tiene abierta proteccion en Zaragoza. Comprendo su idea por mas que no la crea verdadera. Están los papistas tan acostumbrados á perseguir y esterminar á los protestantes siempre que pueden hacerlo, que consideran una proteccion el justo derecho que la Constitucion vigente nos concede hoy de esponer nuestras ideas. Para Roma la igualdad de derechos es un crimen. Ya comprendo; pero, ¿qué quiere Vd? los tiempos ya no son lo que eran. Ya podemos reunirnos tranquilamente en un modesto lugar y adorar á Dios, segun nos lo dicta nuestra conciencia, sin que vengan los esbirros de Roma á llevarnos á la cárcel en justo castigo de nuestro crimen. Ya podemos orar á Dios por Vd. para que le ilumine y le haga encontrar el camino de la salvacion, sin que nuestra oracion sea considerada como una blasfemia. Comprendo, repito, su queja, y como Vd., creo que se ha asestado un rudo golpe á la Iglesia católica, apostólica, romana. Me parece que para ella se vá acercando el principio del fin: ya era tiempo.

De Vd. con toda consideracion, S. S.,

JOSÉ EXIMENO,

Pastor de la Iglesia cristiana de Zaragoza.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PUBLICACIONES EVANGÉLICAS

Ya ha visto la luz pública el primer folleto escrito por la *Sociedad española de publicaciones Evangélicas*. Lleva por título «Discusiones amistosas con un católico» y será seguido de otros varios, en donde con el mismo título, se discutirán las doctrinas de la Iglesia romana. Todos los folletos que la Sociedad publique serán de igual tamaño para que puedan encuadernarse despues y formar uno ó varios tomos.

Hemos tenido ocasion de leer el acta de fundacion de la *Sociedad de publicaciones Evangélicas* y nos ha parecido que la idea que ha animado á los señores que la componen es excelente y está llamada á dar, con la ayuda de Dios, buenos resultados. En nuestra patria existen en sumo grado la supersticion y el ateismo; dos estados del alma que parecen diametralmente opuestos, pero no tanto como á primera vista lo parece: la primera no impera mucho tiempo en un pueblo sin que el segundo se presente á compartir con ella el imperio de las almas. Luchar contra esos dos enemigos de Cristo; tal es el deseo de la sociedad de publicaciones religiosas. Con este fin, los folletos que publique serán de controversia unos, para arrancar la venda que cubre los ojos de multitud de católicos; apologeticos los otros.

Pero la Sociedad sabe y tiene en cuenta que el número de protestantes en España es ya bastante crecido; que muchos de estos, mas que de controversia, tienen necesidad de edificacion espiritual, de espiritual alimento para sus almas, y por esta razon no se olvidará de publicar tambien el folleto que habla al alma, al corazon; el folleto que recuerda las grandes verdades del cristianismo; el folleto que en realidad no comprenden sino aquellos que han recibido el espíritu de Dios.

Esto es lo que se propone la *Sociedad española*

de publicaciones *Evangélicas*. La mision es árdua, ¿quedará debidamente cumplida? Dios lo sabe. Entretanto no podemos desconocer que su idea es buena, que ha emprendido su realizacion sin contar hasta hoy con ningun género de recursos procedentes del extranjero, lo que no quiere decir que los desdeñe, muy al contrario, la Sociedad celebraría que las de igual clase que fuera de España existen, y que cuentan con elementos considerables, la ayudaran á llevar á buen término una obra que no puede por menos que interesar á todos los amigos del Evangelio.

Y puesto que nos ocupamos de una Sociedad de publicaciones religiosas, séanos permitido emitir nuestro juicio acerca del folleto religioso y de los folletos religiosos publicados hasta el dia en nuestra patria. Nosotros debemos la verdad á todo el mundo; pero muy especialmente á los amigos con quienes nos unen los mas estrechos y dulces lazos.

El folleto religioso es una publicacion de cortas dimensiones cuya utilidad, bajo el punto de vista que nos ocupa, es de la mas grande utilidad en nuestros dias. Las mas altas y sublimes verdades pueden encerrarse en algunas páginas, y no solo esto es posible, es hasta necesario si se quiere ejercer alguna influencia sobre los que nos rodean. Los hombres de nuestro tiempo, especialmente los de la raza latina, no son muy amigos de los libros voluminosos; el periódico, el artículo de revista, la novela con tal que no sea muy larga, la comedia, son los alimentos que pueden digerir nuestros compatriotas. El autor que escribiera muchas páginas ó algunos volúmenes acerca de un asunto sério, vital, perdería su tiempo y su trabajo. Claro está que los amigos de la instruccion deben buscar al pueblo en donde quiera que se encuentre, y aceptar la lucha donde quiera que se la presenten. El pueblo se cansa de los libros largos; pues escribámoslos cortos y buenos. La empresa es difícil, no lo desconocemos. Más fácil es disluir una gran verdad en 600 páginas que condensarla en 20. Una de las cartas de Pacal á un provincial necesita mas talento para escribirse, segun Pablo Luis Courier, que una enciclopedia, y no le faltaba razon para afirmarlo. Muchos hay que pudieran escribir una suma teológica en 20 tomos; muy pocos podrian escribir la Epístola á los Romanos del apóstol Pablo, aun suponiendo que esta notable carta fuera exclusivamente obra del hombre. Porque la empresa es árdua, sentimos en el alma que el folleto religioso no llene todos los requisitos indispensables en publicaciones de este género.

El folleto debe ser popular; es decir, que debe estar al alcance de todos; lo que no quiere decir que en él se empleen frases vulgares, giros especiales que repugnan al gusto de las personas ilustradas. Sucede con esto lo que con las publicaciones destinadas á los niños. Se cree comunmente que para la infancia se necesita un lenguaje especial, digámoslo de una vez, un lenguaje tonto. Nada mas falso. El niño necesita desarrollarse, y se desarrollará intelectualmente si se le presenta algo que él comprenda desde luego en parte, pero que le obligue á hacer algunos esfuerzos para comprenderlo del todo; algo que partiendo de él, esté por encima de él. Lo mismo el hombre del pueblo. Necesario es ofrecerle la verdad de modo que él la comprenda, mas no revestida de formas vulgares, bajo pretexto que para el pueblo se debe emplear un lenguaje popular.

El folleto religioso castellano debe redactarse en castellano lo mas castizo posible. No es dado á todo el mundo escribir la lengua de Cervantes con la pureza y elegancia de este inmortal escritor, honra y prez de las letras españolas, lo que no quita que se hagan todos los esfuerzos posibles por presentar al público libros bien escritos, en cuanto cabe. Insistimos sobre esto, porque conocemos la tendencia de ciertos cristianos que creen que el fondo es el todo de un libro y que la forma poco vale. Nosotros damos la preferencia al fondo sobre la forma, y seríamos los primeros en condenar un libro en donde solo existieran palabras bellas y giros elegantes, destinados á cubrir la carencia de buenas y sanas doctrinas religiosas y morales; pero por otro lado, reprobamos con todas las veras de nuestra alma ese

desden insolente hácia la forma, hácia la lengua destinada á espresar las mas sublimes verdades. Nuestra lengua es nuestra hermana y nos indignamos contra todos los que friamente y con premeditacion intenten profanarla.

Pudiéramos estendernos en muchas consideraciones respecto á la forma; pero no es posible decirlo todo en un artículo de periódico. Digamos algo respecto al fondo.

El folleto religioso, cualquiera que sea el género á que pertenece, religion, moral ó historia; cualquiera que sea su forma, debe dirigirse á la conciencia. La conciencia es el hombre. La razon, el sentimiento, la imaginacion no son todo el hombre, no son la parte principal del hombre, y lo que se dirija única y exclusivamente al sentimiento ó á la imaginacion ó la razon, está llamado á desaparecer como desaparece la blanca estela que en pos de sí vá dejando la barca que cruza tranquila las azules aguas de un lago. Y es necesario en España dirigirse tanto mas á la conciencia, cuanto que esta noble facultad es la que menos se ha cultivado por los hombres encargados de hacerlo. La conciencia individual duerme en nuestra patria; en cambio están muy despiertos la imaginacion y el sentimiento. El catolicismo no es una religion que hable á la conciencia; es mas, no puede llamar á las puertas de la conciencia porque se suicidaria, y por esto se ha dirigido de preferencia á la imaginacion y al sentimiento.

Sacudir la conciencia para que salga de su letargo, sin descuidar por eso las demas facultades del hombre: tal debe ser en todos los pueblos la tendencia del folleto religioso.

Todo lo que vá recto á la conciencia, se dirige tambien á la inteligencia é instruye por consiguiente. Pero la parte de instruccion debe ser muy completa en los folletos publicados en nuestra patria. Y la razon es evidente. En otros pueblos, las verdades fundamentales del Evangelio las conocen hasta los niños, que las aprenden en las escuelas, catecismos, clases bíblicas, etc. Así, basta á veces con un rasgo conmovedor para avivar en el alma un fuego, medio apagado si se quiere, pero latente bajo las cenizas amontonadas por el vicio y las pasiones; basta con una palabra para evocar todo un mundo de recuerdos; pero en España, en donde el Evangelio se desconoce, se necesitan folletos que instruyan; folletos que llamen las cosas por sus nombres; que digan este es el objeto y este el camino para alcanzarlo; esta es la verdad y este es el error; esta doctrina es falsa y la Biblia la reprueba en este y en aquel libro; esto es verdadero, porque en tal parte lo consignaron así Jesucristo y los apóstoles; se necesita, en una palabra, tener siempre presente que este pueblo ignora lo que es el Evangelio y el protestantismo, y que es menester enseñárselo.

Ahora bien: ¿reunen estas condiciones, llenan estos requisitos indispensables los folletos religiosos publicados en España desde la revolucion de setiembre hasta nuestros dias? Algunos sí, la mayor parte, no. Y decimos esto con tanta mas libertad, cuanto mas amigos nuestros son los que los han dado á luz. Hay folletos como «Andrés Dunn, Un español á los españoles, El católico cristiano, ¿Qué es el Evangelio? Hay un Salvador para tí» y algunos otros, no muchos, que reunen algunas de las condiciones que en este género de publicaciones se requieren, y ya puede esto apreciarse por los muchos frutos que han producido. «Andrés Dunn» solo ha abierto los ojos á mas romanistas que todos los demas folletos juntos. Pero si hemos de ser exactos, debemos consignar aquí que «Andrés Dunn» no es un folleto nuevo en España: existen muchos españoles, y el que esto escribe es uno de ellos, para quienes «Andrés Dunn» ha sido el práctico que les ha mostrado los escollos que hacian peligrosa la entrada del puerto, y los ha apartado de ellos para que la nave fondeara con toda seguridad.

Fuera de este corto número de folletos que hemos mencionado, los demas puede ser que hayan sido útiles á muchas almas, pero será porque Dios, como dice la Escritura, se vale de lo que vale poco, y aun de lo que no es, para confundir lo que es. Y

esos folletos valen poco, no porque su contenido sea malo en sí, sino porque no responden á lo que nuestro pueblo necesita. Se dice, por ejemplo, que Dios es bueno, que Jesucristo es el Salvador, que es menester arrepentirse y venir á Jesús para obtener la vida. Pero, dirá un católico romano, todo eso lo creo yo y permanezco en mi Iglesia; no comprendo que yo deba abandonarla como me lo aconsejan. ¿De dónde procede esa manera de discurrir del romanista? De que no se le explica que si debe acudir á Cristo para salvarse, no debe dirigirse á ningún santo; que si debe arrepentirse, el arrepentimiento no consiste en confesarse y murmurar algunas plegarias en penitencia de sus culpas, sino que es un acto personal, íntimo, profundo, que necesita toda la energía de nuestro ser y toda la fuerza del espíritu de Dios.

Otro defecto tienen los folletos publicados y es que desconocen la sociedad en que viven, las preocupaciones, tendencias y aspiraciones de esa sociedad. Unos nos inician en las querellas entre ritualistas y no ritualistas ingleses; asunto muy palpitante en Inglaterra; pero que nosotros no comprendemos ni nada perdemos con no comprenderlo. Otros están llenos de nombres ingleses, nombres de individuos, nombres de localidades, nombres agradables para oídos ingleses, pero que se despegan de los nuestros. Pormenores insignificantes son esos, se nos dirá; sea: pero pormenores con los cuales es necesario contar.

Los títulos de algunos folletos están mal escogidos ó perversamente traducidos. Se comprende que se sienta uno con deseos de leer un folleto que se llama «Un español á los españoles, ó el Católico cristiano;» pero ¿cómo hemos de experimentar esos mismos deseos en presencia de uno que se titula «Podrido en el corazón,» ó «Los decentes y buenos chicos?» ¿Cómo hemos de leer con gusto los versos de «La vieja historia,» «La Historia pedida y la Historia referida,» por mas que esa historia sea la de nuestro Redentor Jesucristo? La historia de Cristo en verso no puede leerse sino con la condición expresa de que los versos sean buenos; si son malos, mas vale leerla en la prosa de los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Estas observaciones amistosas que hacemos á nuestros amigos, serán acogidas, seguros estamos de ello, con el mismo espíritu con que las presentamos, porque ellos como nosotros están animados de los mejores deseos y no tienen mas pretension que una, glorificar el nombre de Cristo. También esperamos que la nueva *Sociedad española de publicaciones Evangélicas* no desoirá nuestros consejos y procurará desempeñar cumplidamente su difícil y noble cometido.

ANTONIO CARRASCO.

DISCUSIONES AMISTOSAS CON UN CATÓLICO.

(Conclusion.)

Pedro. Que nada de lo que has dicho, por mas que sea cierto, es bastante para hacerme desistir de mi firme propósito de morir en el seno de la Iglesia romana, la única, la verdadera, la santa; la que tiene una doctrina claramente formulada en los cánones de sus Concilios, en las decretales y bulas de sus Papas, en los libros de sus doctores; la que asombra al mundo por su inmutabilidad, por su caridad y por su fé; la que es y puede llamarse con orgullo la esposa de Cristo y madre de los fieles; la que encierra en su seno al Espíritu Santo; la que tiene la promesa de su jefe de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; la que posee medios de gracia, sabe lo que cree y conoce lo que espera; la que ha sido, es y será á pesar de las persecuciones que sufre y las dificultades que en su marcha triunfal encuentra; la que no se divide y subdivide en sectas, como sucede á la protestante; la que triunfará á pesar de todos y

de todo, porque los males que hoy la aquejan son ligeras nubecillas que pasan delante del sol sin conseguir apagar su radiante luz. ¿Puedes tú decirme otro tanto de la tuya; puedes esponder con sencillez y claridad las doctrinas que tus pastores predicán, y sobre todo, puedes responderme que las mismas doctrinas son las que profesan los innumerables pastores de las innumerables iglesias protestantes que en el mundo existen?

Carlos. ¿Que si puedo? Nada mas fácil, como tú mismo vas á juzgar. Toda la doctrina de la salvación, segun la Biblia, se encuentra reasumida en esta sublime declaración del Redentor: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado á su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, mas tenga vida eterna.» (San Juan, III, 16.) Todos los hombres nos hemos apartado de Dios y del puro manantial de aguas vivas para buscar cisternas rotas que no pueden detener el agua; todos moriamos en nuestros pecados y nos hallábamos en la imposibilidad de salvarnos por nuestros propios esfuerzos, cuando Dios, que es rico en misericordia, y que no quiere la muerte del pecador sino su vida, envió á su Hijo al mundo para que fuésemos hechos *justicia* en El. Sobre el madero maldito llevó el Cordero sin mancha los pecados del mundo, y todo hombre que cree en El recibe por su nombre la remisión de sus pecados. El que en El cree es declarado justo; no son sus obras las que le justifican, sino la fé en Cristo. Las obras son un deber y la palabra deber lo dice todo. El cristiano está obligado á practicar la virtud; pero el que hace lo que debe ningun mérito contrae. No decimos que las buenas obras son innecesarias como calumniosamente afirma esa hoja que en la mano tienes; proclamamos su necesidad al mismo tiempo que sostenemos que solo la sangre de Cristo purifica de todo pecado, y que no hay mérito alguno en nosotros al practicar la virtud por ser la virtud una obligacion que el Evangelio nos impone. En una palabra; nadie entrará en el cielo sin haber hecho buenas obras; mas no son las buenas obras las que nos abren las puertas del cielo.

Otra doctrina monstruosa que la asociación de católicos de San José nos imputa, es que nosotros creemos que Dios nos perdona sin que el arrepentimiento exista en nosotros. Dios no perdona sino á aquellos que tienen fé en Cristo; y ¿cómo podemos tener fé verdadera en Cristo sin haber antes reconocido nuestra miseria é indignidad, sin haber gemido y llorado sobre nuestros pecados que han clavado en una cruz y dado muerte al Autor de la vida? ¿Cómo podemos aspirar á unirnos á lo santo sin despojarnos de nuestro hombre-viejo nacido y mantenido en la culpa? Mas por la gracia de Dios una trasformación completa se opera en nuestras almas, un cambio radical se verifica en nuestros corazones, trasformación que la Biblia llama «nuevo nacimiento.» Si no nacemos de nuevo por la eficacia del Espíritu Santo, no podemos ver el reino de Dios.

Así, pues, la salvación es una gracia, un don hecho por Dios en su amor á los pobres pecadores; Jesucristo por nosotros, y Jesucristo en nosotros; Jesucristo muerto en cruz para justificarnos y habitando en nuestro corazón para santificarnos; ahí tienes toda la salvación.

Nada se dice en la Escritura de pecados veniales, todos son mortales, porque todo pecado es una trasgresión de la Ley divina; todos pueden ser perdonados al hombre con tal que crea. Ese lugar de vuestra invención que se llama purgatorio no tiene razón de ser, porque no con sufrimientos y dolores se salva el pecador, sino con el sacrificio expiatorio del Cristo. La existencia del purgatorio sería la destrucción de la doctrina tierna, conmovedora y sublime de la salvación por gracia.

Pedro. No puedo consentir en que tal cosa digas; puedo probarte...

Carlos. Déjame que termine la exposición de la doctrina de mi Iglesia; otro día discurriré acerca del purgatorio. Nuestro culto es un culto espiritual porque Dios es espíritu y verdad, y como tal es menester adorarle. Todas las ceremonias de la

ley de Moisés eran sombras que debían desaparecer á la aparición del sol de justicia, y por eso no practicamos todo lo que tienda á colocarnos bajo una ley que ya quedó abrogada. Nuestro culto se dirige á Dios por la mediación de Cristo, el solo intercesor, el único abogado, el solo nombre dado á los hombres en que puedan ser salvos. Y como nadie ha muerto por salvarnos mas que El, como nadie mas que El podía llevar á cabo esa obra superior á las fuerzas del hombre, por eso no adoramos santos, ni ángeles, ni vírgenes, criaturas todas que, como nosotros, han tenido necesidad de la mediación del Verbo para unirse con Dios. No excluimos de este número ni aun á la Virgen María, que si bien tuvo el infalible privilegio de llevar nueve meses en su seno al Redentor de los hombres, al fin necesitó como nosotros de la sangre de ese mismo Redentor para salvarse. Nosotros procuramos imitarla creyendo en quien ella creía; pero no la adoramos. Nosotros la amamos; pero no la rebajamos con nuestra servil adoración. Bien quisiéramos que nuestras madres, esposas é hijas fuesen semejantes á ella; pero deploraríamos que la tomaran por el camino que conduce al cielo, porque no hay mas camino que uno, y ese es Jesucristo.

No me interrumpas, Pedro; te consagraré otro día para que discutamos acerca del culto á los santos. Déjame que concluya.

La Iglesia para nosotros es el cuerpo de Cristo, y como un cuerpo no tiene mas que una cabeza, nosotros creemos que el único jefe de la Iglesia es Cristo. Demas está para nosotros vuestro Pontífice. Nuestras congregaciones son dirigidas por hombres que no constituyen una casta sacerdotal como vuestro clero, ni son el canal por donde descienden las gracias celestiales. El pastor es, si se quiere, el *primus inter pares*, el primero entre iguales, ni mas ni menos. El dirige su voz y explica la doctrina á sacerdotes como él que le han elegido para que desempeñe ese cargo.

La única regla de nuestra religion es la Biblia, y no me digas que cada cual la interpreta á su capricho; nadie la interpreta mas caprichosamente que la Iglesia de Roma. El Espíritu de Dios ilumina á todo aquel que quiere conocer la verdad, y con la ayuda del Santo Espíritu podemos dispensarnos de la de la interpretación romana. ¿De qué nos serviría esta interpretación? ¿A dónde nos conduciría? ¿A que admitiésemos que la Iglesia es superior á la Palabra de Dios?

Pedro. No exajeres, Carlos, y bajo pretexto de que estás esponiendo tu doctrina, no digas lo primero que cruza por tu mente. ¿Quién te ha dicho que nosotros sostenemos que la Iglesia sea superior á la Biblia?

Carlos. ¿Quién? La conducta de tu propia Iglesia, y esto basta. Por ejemplo, la Biblia dice que cuando Jesucristo instituyó el sacramento de la Cena, que sea dicho de paso es con el bautismo los dos sacramentos que aceptamos, dijo á sus discípulos tomando el vaso: «Bebed de él todos;» (Mateo, xxvi, 27) y la Iglesia dice que no todos deben beber de él. ¿No es esto proclamarse superior á la Biblia?

La Biblia dice: «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: no te inclinarás á ellas ni las honrarás;» (Exodo xx, 4-5) y la Iglesia de Roma dice: «que es bueno inclinarse delante de las imágenes y honrarlas.» ¿No es esto proclamarse superior á la Biblia?

La Biblia dice: «Que por gracia somos salvos por la fé; que esto no es de nosotros, pues es don de Dios: no por obras para que nadie se gloríe» (Efesios, ii, 8 y 9) y la Iglesia romana dice que somos justificados por la fé y por las obras. ¿No es esto proclamarse superior á la Biblia?

La Biblia dice: «Porque hay un Dios; asimismo un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1.ª á Timoteo, ii, 5) y la Iglesia romana dice que los santos son medianeros entre Dios y los hombres. ¿No es esto proclamarse superior á la Biblia?

Pudiera citarte mas ejemplos; pero basta con

los que te he presentado, y basta también con la ligera reseña que de nuestras doctrinas he hecho, para que te convenzas de que todos los cristianos evangélicos estamos unidos en la verdad, con Cristo que es la Verdad, con Cristo, la piedra angular de ese edificio espiritual que se llama la Iglesia; mientras que vosotros estáis unidos con el Papa, la cabeza de vuestra Iglesia, la piedra angular del edificio levantado por vuestras manos. Nuestra unidad es una unidad viva que no excluye la diversidad; la vuestra es una unidad muerta que exige siempre y en todas partes la uniformidad, sin la cual no se concibe vuestra existencia. Nosotros somos los hijos libres de nuestro Padre que está en los cielos; vosotros sois los serviles esclavos de vuestro padre que está en Roma. Nosotros, para creer, ponemos en juego las facultades todas de nuestro ser; vosotros, para hacer otro tanto, tenéis que renunciar á vuestra inteligencia y á vuestras conciencias. Nosotros somos la luz; vosotros sois las tinieblas. Nosotros somos la libertad; vosotros sois el despotismo. Nosotros, en una palabra, somos los continuadores de Cristo y sus apóstoles, y vosotros los destructores de su doctrina. Por eso soy cristiano evangélico y lo seré toda mi vida á pesar de todos los obstáculos y dificultades que los hombres pongan en mi camino. Me dices, Pedro, que comprometo el porvenir de mis hijos, *porque la vida oficial y el concepto público estarán siempre por el catolicismo y los católicos*. Esa amenaza no me preocupa. Yo espero que los hombres que han elaborado la Constitución que nos rige serán los primeros en respetarla, y esa Constitución me asegura, como á mis hijos, que las creencias religiosas de un español no le impedirán ocupar todos los puestos y aspirar á todos los cargos. Y luego, ten entendido que aun cuando todos faltaran á su deber, yo nunca faltaría al mío; y mi deber me ordena que confiese á Jesucristo delante de los hombres, sin inquietarme de las consecuencias que pudiera tener mi confesión. Yo soy de Cristo, y estoy cierto que «la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto ni lo bajo, ni ninguna criatura me podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.» (Romanos, VIII, 38, 39.)

Pedro. Tus últimas palabras me han conmovido, Carlos, porque son la expresión de tus convicciones religiosas y yo sé respetar una convicción profundamente arraigada en un corazón de hombre. Sin embargo, tengo muchos argumentos que oponer á los tuyos, y son tantas las ideas que en este momento se agolpan á mi mente, que necesito tiempo para esplanarlas. Hoy ya se hace tarde y debemos abandonar este lugar; pero mañana me encontrarás aquí, dispuesto á luchar en defensa de mi Iglesia.

Dichas estas palabras nos retiramos en silencio. Era evidente que todos íbamos preocupados con lo que acabábamos de oír. Así terminó esta primera discusión, que he procurado reproducir con toda la fidelidad posible: fielmente reproduciré también la que mañana se verifique. Dios quiera que sea para nuestro bien.

A. C.

VETE Y NO PEQUES MAS.

Te he visto siempre habitar
En espléndidas moradas,
Arrastrar costosos trenes
Y lucir lujosas galas;
Te he visto siempre sumida
En las miserias humanas,
Blanca paloma, batiendo
El ceno vil con tus alas;
Te he visto por los paseos
Al despertar la mañana,
Con una rosa en los labios
Y un huracán en el alma;

Te he visto verter aromas
De tí en torno; cuando andabas,
He visto en tu frente escritas
Las pasiones que te matan;
Te he visto gastar las joyas
Mas hermosas y mas caras;
Te he visto perder el tiempo
En futilidades vanas;
Pero no te he visto nunca
Sollozar, y entre las lágrimas
Decir: ¡Dios mío! perdón,
¡He pecado! ¡toma mi alma!

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

MEDITACION.

«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; hé aquí todo es hecho nuevo.» (2.^a á los Corintios, V, 17.)

Estar en Cristo significa, en primer lugar, creer en Cristo, no con esa fé ciega tradicional y nula que consiste en saber por lo que de otros hemos oído que existió un cierto Jesús bastante bueno para morir en una cruz; no con esa fé de inteligencia sola la cual nos serviría para nuestra salvación tanto como saber que la tierra es redonda y que gira alrededor del sol; no con esa fé que tiene por lema creer en lo absurdo y creerlo tanto mas cuanto mas absurdo es, no; creer en Cristo es conocer personalmente á Cristo, haberle visto con los ojos de nuestro espíritu, sentir que sus palabras han dejado huella profunda en nuestra alma, que nuestra conciencia ha reconocido en Él al Salvador de los hombres. Se cree en Cristo cuando se puede decir á los que nos han hablado de Cristo lo que los samaritanos á la mujer de Sichar: «Ya no creemos por tu dicho; porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo, el Cristo.» Y como consecuencia de lo que precede, estar en Cristo significa amar á Cristo.

¿Comprendes, lector amigo, todo lo que encierra de sublime y santo esa palabra, amar? ¿Has amado alguna vez con todas las veras de tu alma? ¿Has conocido toda la intensidad de ese divino sentimiento que tantos hombres desconocen por mas que tengan continuamente la palabra en su boca? ¡Amar! es decir, ser feliz de la felicidad del ser amado, vivir por complacerle, sufrir de sus sufrimientos, sacrificar el tiempo, las fuerzas, la vida, si necesario fuera, por ver aparecer una sonrisa sobre los labios del ser que se ama, sin experimentar mas sentimiento que el de no tener mil vidas que ofrecerle en vez de una. ¿Has estado dominado por esa santa pasión? Puede ser. En la tierra se ama alguna que otra vez de ese modo, y se ama á seres que no lo merecen: ¿pero amas así á Cristo que lo merece, á Cristo que ha dado su vida por tí sin esperar recompensa alguna de tu parte, á Cristo que te ha dado una lección práctica de lo que es el amor? Como quiera que sea, para estar en Cristo debemos amarle con ese amor grande que identifica dos almas en una. Así amaba Cristo á su Padre celestial, así debemos nosotros amar á Cristo, y entonces seremos una criatura nueva.

¡Nueva criatura! palabra extraña en verdad, autorizada sin embargo por el Divino Maestro que decia á Nicodemo: «El que no naciere otra vez no puede ver el reino de Dios.» No es por tanto cuestión, como se vé, de corregirse renunciando á ciertas ideas ó hábitos de pecado; se trata de una nueva creación operada por la palabra poderosa del que dijo: «Sea la luz y la luz fué.»

Aclaremos con un ejemplo el significado de la palabra. La vid en el mes de enero es un tronco negro, seco, desnudo; en el mes de julio los verdes pámpanos le cubren dándole hasta cierto punto un aspecto agradable. Sin embargo, aquí ha habido desenvolvimiento natural y no nueva creación. El niño recién nacido es un sér débil que moriría sin

la tierna solicitud de su madre; cuando llega á la flor de sus años es un sér fuerte, activo y enérgico; sin embargo, no se ha operado en él una nueva creación. El vegetal y el hombre contienen en sí cada cual, segun su naturaleza, el gérmen de lo que han de ser; mas no sucede así con el hombre espiritual.

La vida de Dios en el hombre no consiste en el lento y natural desarrollo de sus facultades, ni tampoco en el desenvolvimiento de su sentimiento religioso. Para que la posea es menester que el Creador intervenga, é intervendrá cuando el hombre lo desee con ansia.

Una vez operado el milagro, porque milagro es y grande, *todas las cosas viejas pasaron; todo es hecho nuevo*. Todo se modifica; el mundo nos aparece bajo un aspecto diferente; la vida cambia y con ella todos los actos de la vida. Nuestras ideas acerca de Dios, de la naturaleza de la Biblia, de nosotros mismos, dejan de ser lo que era; todo es hecho nuevo. ¿Qué mas? Las afecciones se modifican también. Ya no son mas esos arranques prontos á desaparecer como las violentas tempestades de verano que ceden con la misma facilidad con que avanzan, no; las afecciones son mas sosegadas; pero ¡cuánta diferencia en la intensidad! ¡cuánta, sobre todo, en la pureza! Antes nos buscábamos á nosotros mismos en lo que amábamos, es decir, el amor era egoísmo; después de nacer de nuevo, el amor es la abnegación, el sacrificio, es decir, la pasión, el verdadero amor. Antes el amor era bello sin duda, bello como el azul del cielo, bello como las flores del campo, como una pura mañana de primavera; pero pasajero como la naturaleza entera: después del nuevo nacimiento las afecciones formadas delante de Dios, animadas por su Santo Espíritu, gozarán de los atributos de Dios, de la eternidad. «El amor nunca deja de ser,» es San Pablo quien lo ha dicho.

¡Feliz el hombre que está en Cristo! ¡Feliz el hombre que nace de nuevo! ¡Feliz el hombre para quien todas las cosas viejas pasaron y todo es hecho nuevo!

TEXTOS

PARA LOS DIAS DEL 15 AL 31 DE MAYO.

Lunes 15. Josué, III, 5.—Santificaos, porque Jehová hará mañana entre vosotros maravillas.

Martes 16. Josué, VII, 12, 13.—No seré (Yo, Jehová) mas con vosotros, si no destruyéreis el anatema de en medio de vosotros. Santificaos, porque Jehová dice así: Anatema hay en medio de tí, no podrás estar delante de tus enemigos, hasta tanto que hayais quitado el anatema de en medio de vosotros.

Miércoles 17. Salmo CXXXIX, 1, 3.—Oh Jehová, Tú me has conocido, y estás impuesto en todos mis caminos.

Jueves 18. Salmo LXXIII, 1.—Ciertamente bueno es Dios á los limpios de corazón.

Viernes 19. Lucas, XVIII, 38.—Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí.

Sábado 20. Romanos, XIV, 17.—El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, y paz, y gozo por el Espíritu Santo.

Domingo 21. Mateo, XXI, 13.—Y les dice (Jesús), Mi casa, casa de oración será llamada.

Lunes 22. Proverbios, X, 22.—La bendición de Jehová es la que enriquece, y no añade tristeza con ella.

Martes 23. Isaías, XLII, 8.—Yo Jehová. Este es mi nombre: y á otro no daré mi gloria, ni mi alabanza á esculturas.

Miércoles 24. Mateo, XIX, 16.—¿Qué bien haré, para tener la vida eterna?

Jueves 25. Romanos, VI, 23.—La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor Nuestro.

Viernes 26. Romanos, XIII, 7.—Pagad, pues, á todos lo que debeis.

Sábado 27. Gálatas, III, 26.—Sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.

Domingo 28. Salmo cxviii, 24.—Este es el día que hizo Jehová: nos gozaremos y alegraremos en él.

Lunes 29. Deuteronomio, xxxi, 17.—¿No me han hallado estos males porque no está mi Dios en medio de mí?

Martes 30. Números, xxxii, 23.—Sabed que os alcanzará vuestro pecado.

Miércoles 31. Romanos, vi, 23.—La paga del pecado es muerte.

PARA EL PUEBLO.

Pueblo, ya es hora de que te emancipes; eres mayor de edad y debes entrar en la plena posesión de tu conciencia y de tu inteligencia.

No temas nada: no temas á nadie: témete á tí mismo. La abdicación de lo tuyo es lo que ha hecho la fuerza de tus señores.

Cada dogma á que asentías sin reflexión ni examen, era una cadena que tú mismo te echabas. Tu ignorancia ha sido tu cadena mas fuerte.

Aprende para redimirte intelectualmente. Desarrolla tu inteligencia y arrollarás todas las tiranías. No las hay para el hombre que se golpea la frente y dice: «Sé.»

La noche de la humanidad ha pasado. Pueblo, ¿vives tú en la noche?

Acepta la servidumbre de la idea. Es una esclavitud generosa que pone estrellas en la frente y auroras en el alma.

Fraterniza con todo lo bello y generoso que hay en el mundo. La utopía de hoy es la realidad de mañana. La estrella que un hombre arroja esa mañana en la arena de las cuestiones del día, puede convertirse en el sol de un siglo.

La divisa de los fuertes es esta: Trabaja y lucha. No he visto uno que no venciese con esta divisa.

Cuando te digan: «Toma esto,» pregunta á tu razón y á tu conciencia ¿es bueno? Si lo rechazan, recházalo tú enérgicamente.

Tu vida depende de tí mismo. Tu porvenir de tu presente.

Vive para tí lo menos posible. La doctrina de la abnegación es parte del cristianismo.

No cargues á las generaciones futuras con tus deudas, con tus errores, con tus injusticias. Las desdichas de la España de hoy son los absurdos de la España del siglo XVI.

Pisotea todos los oropeles. Hay mantos de púrpura que cuestan lo que producen muchas generaciones.

Mucho hay que hacer, ya lo sé; pero se ha hecho mucho. No hay que desesperar del resultado.

Ayer, ¡qué tinieblas! Derecho divino, privilegios, feudalismo, prohibición de hablar, de pensar, de creer; conventos, mil horrores, en fin. Hoy han muerto todas las muertes y han surgido las vidas que comprimian.

Dilatación de vida, crecimiento de vida, esa es la ley del progreso. Es también tu progreso, pueblo.

Recuerda siempre, pueblo, que tus destinos están en tu mano. Tú has de ser el Vulcano que forja sus propios rayos.

¡La conciencia! ¡La conciencia, sobre todo! ¡Qué haya en ella tanta luz, que cuando un tirano cualquiera pretenda invadirla, caiga cegado ante sus radiantes esplendores!

LA SOCIEDAD EMANCIPADORA DEL CLERO ROMANO.

Hemos tenido el gusto de leer la carta que la Sociedad emancipadora del clero italiano acaba de

remitir al ilustre canónigo Doellinger. La Sociedad cuenta con un número considerable de miembros, entre los cuales figuran muchos obispos, y redacta un periódico titulado *L'Emancipatore cattolico*. Los puntos principales de su programa son: Lectura de la Biblia en lengua vulgar, abolición del culto á la Virgen y á los santos, administración de la Iglesia por medio de sínodos nacionales, casamiento de los sacerdotes, etc. Hé aquí ahora el contenido de la carta:

«La Sociedad nacional emancipadora y de socorro mutuo del sacerdocio italiano, al muy ilustre y reverendo Sr. Doellinger, canónigo de la iglesia metropolitana de Munich, diputado al Parlamento de Baviera.

Muy ilustre y reverendo señor:

Tengo el honor de presentaros en mi propio nombre y en el de la Sociedad que presido nuestras mas cordiales felicitaciones y sentimientos de gratitud por el gran ejemplo de valor apostólico que habeis dado á la grey mística del Señor, resistiendo, nuevo San Pablo, delante de la Iglesia, á las doctrinas erróneas y perniciosísimas que en nombre de la nueva secta de papólatras, vuestro arzobispo ha querido imponer á vuestra conciencia católica como dogmas divinamente inspirados.

La Europa cristiana deberá á la pureza de vuestra fe católica, á la firmeza de vuestra alma, al poder de vuestra ciencia y de vuestra crítica histórica su segunda regeneración moral que la preservará del fatal yugo del jesuitismo pagano y de la nueva herejía, la infalibilidad papal, destinada á derribar todo orden social, todo elemento de pura tradición católica, toda exigencia de la razón y de la humana ciencia.

Las doctrinas y los principios nacionales por vos defendidos en el importante documento de que se trata, son justamente los que defiende hace ya diez años y mas nuestra sociedad. Podemos, pues, asegurarle nuestro leal y constante concurso de nuestra inalterable constancia para su aplicación práctica.

Quizás no está muy lejano el día en que Italia, vuelta á la vida por la unidad nacional y la libertad política, puesta en posesión de Roma que es suya, gracias al apoyo desinteresado de vuestra grande libre y sabia Alemania, podrá cumplir su voto secular de emancipar su pueblo y su clero del papismo político degenerado, y unir sus grandes destinos morales y políticos á los del pueblo y clero de la leal y cristiana Alemania. Entonces veremos el triunfo completo de la fe y de la ciencia sobre las aberraciones de la teocracia papal y de la filosofía atea.

Recibid con benevolencia nuestros ardientes votos, y como testimonio humilde y sincero de nuestra alta admiración, aceptad el diploma que os enviamos, en virtud del cual, nuestra Sociedad, que encierra en su seno las notabilidades seglares y eclesiásticas de nuestro país, os confiere el título de miembro honorario.

Con todo respeto tengo el honor de ser de vuestra señoría ilustrísima, etc.

Por la sociedad, el presidente,
PROTA GIURLEO.

UN CATÓLICO Y UNA CRISTIANA.

—¡Señora!

—Muy buenos días.

—¿Dónde vá Vd?

—Aquí cerca.

—¿Acaso vá Vd...?

—Cabal,

A la capilla evangélica.

—Señora, ¿Vd. es protestante?

—¡Vaya! y protestante vieja,

Que dos años son muchísimo

En cosas de la conciencia.

—¿Pero Vd. se ha vuelto loca?

—Jamás he estado tan cuerda.

—Pero si allí no hay un santo.

—Que los adore quien quiera.

—Ni una campana que toque.

—No, se toca á las conciencias.

—Aquellos bancos dan frio,

Y aquellas paredes hielan.

—Pero Jesús dá entusiasmo

Y las oraciones fuerzas.

—¡Si hubiera una virgencita!

—¡Buena falta que hace, buena!

—Señora, está Vd. perdida.

—¿De veras?

—¡Vaya! de veras.

—¿Quién lo dice?

—¿Quién? los curas

De una parroquia muy céntrica,

Los curas de San José.

—¡Pobre de aquel que los crea!

Antes de sanar á otros,

¿Por qué no curan su lepra?

Mirad, un solo Dios hay

Que el universo gobierna,

Que de Él los malos aparta

Y á los buenos los acerca.

Él envió á Jesucristo

A esta miserable tierra

Para lavar el pecado

Con la sangre de sus venas.

Yo no conozco otro Dios,

Ni santo, ni medianera.

¡Qué Dios compadezca á aquel

Que en otro mediador crea!

Yo he pecado mucho, mucho,

Mis culpas, ¡ay! tantas eran,

Que yo creí no habria infierno

Bastante grande para ellas.

Yo he llorado día y noche,

Yo he cumplido penitencias,

He mascullado rosarios

Y asistido á las novenas,

He confesado cien veces

Y he comulgado doscientas,

Cubriendo mis negras dudas

La noche de mi conciencia;

Yo he mandado decir misas,

Yo he ayunado en la Cuaresma,

Y con pedazos de bulas

He limpiado mi alma negra.

¿Y qué? Nada; siempre, siempre

La duda constante, eterna;

Siempre la intranquilidad;

No estaba del cielo cierta,

Y ahora en Jesús me confío,

Él mis pecados destierra,

Mi estrella es Jesús, ¿qué más?

¿Tiene Vd. tan buena estrella?

—Señora, yo estoy muy cuerdo.

—Pues será yo la no cuerda.

—Volved, volved á lo vuestro.

—¡Pues si es así, estoy tan vuelta

Desde que amo á Jesucristo!

—¡Vuelta, vuelta! de cabeza.

—¡Vd. se convertirá!

—¡Yo!... al diablo con la ocurrencia.

—Caballero, hasta la vista.

—Señora, hasta que Dios quiera.

El se marchó murmurando
Y ella se quedó contenta,
Repitiendo estas palabras:
«Señor, hazle Tú que vea;
Si mi estrella es Jesucristo,
¿Por qué no ha de ser su estrella?»

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

ANTONIO PEREZ.

(Continuación.)

Vista la censura del confesor del rey, el Consejo de la Suprema determinó que Perez y Mayorini fue-

sen llevados á las cárceles secretas de la Inquisición. El inquisidor general despachó en posta la orden para que se cumplimentase al momento en Zaragoza. El alguacil mayor del Santo Oficio recibió mandato para extraer de la cárcel de la Manifestación á los dos procesados; pero el alcaide de ella le objetó que no podía entregarle los presos sin una orden formal del gran justicia.

En vista de esto, los inquisidores enviaron cartas á los lugartenientes del gran justicia manifestándoles que en el término de tres horas, bajo pena de excomunión mayor, multa de mil ducados y otras penas, entregasen los dos presos, sin obstar para ello la manifestación que en este caso era impositiva del soberano ejercicio del Santo Tribunal. Noticiáronse estas nuevas al gran justicia D. Juan de Lanuza, y se resolvió cumplir las órdenes de los inquisidores: en su consecuencia, fueron llevados á la Inquisición Mayorini y Perez.

Esto era una violación manifiesta de los fueros. Abierta una vez la puerta para su infracción, podían ya ser una y mil veces mas impunemente violados, sin que se opusiese nadie á ello, por el rey, por sus consejeros ó por los inquisidores. Antonio Perez tenía previsto el peligro; lo había comunicado al conde de Aranda y á otros caballeros, y todos ellos estaban resueltos á que no se hiciese violencia al antiguo secretario del rey y á que no se infringiesen por tanto los fueros del Reino.

Cuando Antonio Perez iba á ser llevado á la cárcel de la Inquisición, pudo advertir á dos criados que comunicasen la noticia á D. Diego Fernandez de Heredia y otros caballeros. Esparcida la voz de que se violaban los fueros, el pueblo de Zaragoza se alborotó, y las turbas se dieron á correr las calles gritando: «¡Traición, traición! ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad! ¡Vivan los fueros! ¡Mueran los traidores!» En poco tiempo se reunieron mas de mil hombres armados; asaltaron la casa del marqués de Almenara, que había sido uno de los que mas se habían agitado en esta causa á favor del rey; le infirieron graves heridas, y fué preciso, para evitar su muerte, trasladarlo á la cárcel, donde por efecto de las mismas heridas murió á los catorce días. Injuraron al arzobispo, gritando que le quemarian el palacio y le matarian si infringía los fueros. Lo propio hicieron con el obispo de Teruel, virey de Aragón. Mas de tres mil hombres rodearon el castillo de la Aljafería, donde estaban los inquisidores, y le incendiaron por todas partes, jurando que allí morirían abrasados si no restituían á los presos. El tumulto crecía y el fuego del castillo arreciaba. Molina de Medrano no quería acceder á las instancias de los amotinados; pero el peligro fué agravándose de tal modo, y las súplicas de los primeros caballeros de Aragón fueron tantas y tan grandes, que el inquisidor cedió, y los presos fueron llevados de nuevo á la cárcel de los manifestados. Se pasó aviso de todo á Madrid, y resultaron culpados en el tumulto los condes de Aranda y de Morata, los barones de Barboles, de Biescas, de Purros, de la Laguna y otros nobles principales. La Junta permanente del Reino nombró, interesada en la conservación de los fueros, una comisión de jurisperitos para examinar el caso.

Estos, una vez visto, declararon contra fuero la entrega de los presos de la cárcel de la Manifestación, y convocó cuatro que así lo espusieron.

Pasóse mucho tiempo en estas y otras consultas y hubo intrigas por parte de los que defendían las regalías. El mismo Perez representó á la Diputación que su causa no era personal, sino común á todos los aragoneses, y esa era la verdad, porque violados los fueros en su daño, quedaba abierta la puerta para que fuesen violados todos los días en daño de todos los ciudadanos. De todas suertes, las cosas se arreglaron de tal modo, que Antonio Perez juzgó que no le quedaba otro remedio que la fuga. Preparólo todo para ello en efecto, y se hubiera realizado si un tal Juan de Basante, que se decía su amigo y aparentaba ser su cómplice, no se lo hubiera revelado todo al jesuita Roman, quien de acuerdo con otros tres, frustró el proyecto, y para evitar otra tentativa de fuga se dispuso de nuevo para el 24

de setiembre la traslación á las cárceles del Santo Oficio, de los dos procesados. Los inquisidores trajeron de los pueblos comarcas de Zaragoza crecido número de familiares del Santo Oficio, y el capitán general preparó tres mil soldados. A pesar del sigilo con que todo esto se había hecho, llegó á noticia de los barones de Barboles, de Biescas y de Purros, y cuando los presos iban á ser sacados de la cárcel, ocupadas las calles del tránsito y las avenidas por los soldados, un numeroso tropel se precipitó furioso sobre las líneas, las rompió, mató muchos soldados, dispersó á los otros, puso en fuga á las autoridades, se apoderó de la cárcel de los manifestados, estrajo á los dos presos, los llevó en triunfo por las calles, gritando: «¡Viva la libertad! ¡Vivan los fueros de Aragón! Los depositó en casa del marqués de Barboles, donde descansaron un rato, se les sacó de la ciudad, y sanos y salvos pudieron emprender cada uno la fuga por distinto camino.

Antonio Perez se encaminó hacia Tauste para pasar á Francia; pero las providencias tomadas en la frontera eran tan grandes, que consideró mas seguro volver disfrazado á Zaragoza, como lo hizo. Vivió mas de un mes oculto en la casa del baron de Biescas. Pero en esto llegó á las puertas de la ciudad D. Alonso de Vargas con un ejército castellano para domar al pueblo rebelde, y Perez tuvo que salir de allí. Su estancia en Zaragoza había sido sospechada, y se hicieron varias pesquisas sin resultado. El inquisidor Morejon sospechó que estuviese en casa del de Biescas, é intentó que este se lo revelase, á lo que el baron se negó. Marchó Perez á la villa de Sallen, en el Pirineo, del señorío del de Biescas, y desde allí escribió á Catalina de Bobon, rogándole le concediese asilo en los dominios de Enrique IV. Llevó la misiva el baron de Mur, accedió la princesa á la petición de Perez, y este pasó al Pirineo, cuando se presentaban en la villa de Sallen trescientos hombres para prenderle.

La rabia del rey, al saber la fuga de su enemigo capital, no tuvo límites. Estando ya en Pau, el inquisidor Morejon habló de nuevo al baron de Biescas para que escribiese á Perez, rogándole arreglase el negocio como mejor se pudiese. Perez respondió que se presentaría por su propia voluntad, siempre que le diesen seguridades de administrarle justicia en Zaragoza, sin llevarle á Madrid, y poniendo en libertad antes, como garantía del cumplimiento de su promesa, á su mujer é hijos presos inocentemente. A otro noble de Tauste tambien se le dió comisión para que escribiese á Perez para que entrase en composición; pero le contestó lo propio que al de Biescas. Entonces los inquisidores, á nombre suyo y en el del catolicismo y piadoso Felipe II, ofrecieron perdon de penas capitales, empleos, dinero y honores á cualquiera que matase á Perez ó le condujese preso á Madrid; que el catolicismo de los Papas y de los reyes no ha reparado nunca en el asesinato cuando ha querido conseguir algun fin personal ó alguna venganza miserable.

(Se concluirá.)

BIOGRAFÍA.

(Continuación.)

CONVERSION DE UNA CATÓLICA CONTADA POR ELLA MISMA.

«Examinadlo todo; retened lo bueno.» (2.ª Epístola del apóstol San Pablo á los Tesalonicenses, cap. v, 21.)

El día 1.º de marzo cayó mi padre enfermo de una pleuresía bastante grave, y á los cuatro ó cinco días perdimos toda esperanza, teniendo el sentimiento de verlo espirar al cabo de una semana, durante la cual solo me separaba de su lecho para ir al de mi buena madre, y prepararla poco á poco para recibir nuestra desgracia. Mi padre, desde su caída

en la cama, había perdido todo su conocimiento; pero no obstante, le agradaba oír mi voz, y yo me aprovechaba de esa circunstancia para deslizar á su oído palabras de consuelo, de amor y de confianza, que inclinasen su pensamiento hacia aquel momento solemne que todos debemos esperar.

Muy difícil sería decir lo que fué para mí esta repentina interrupción de mis sueños juveniles; y un mes mas tarde, al cumplir los diez y siete años, en vez de las bodas concertadas, solo había en mi derredor tristeza y luto. Mi prometido demostróse bastante afectuoso, y nos hizo bastantes servicios en una liquidación, que por nuestro sexo éranos fastidioso el hacer por nosotras mismas. Al cabo de algunos meses todo había concluido, no quedándonos mas que una módica fortuna; sea como fuere, la muerte de mi padre fué para nosotras una pérdida irreparable. Mi hermano mayor dejó el colegio en el que hasta entonces había estado, y entró en una casa de comercio en calidad de meritorio.

Nuevos y mas serios deberes vinieron sobre mí. Durante los primeros meses de duelo, mi prometido abstuvo de volver á hablar sobre nuestro casamiento; pero llegó el otoño, y mi madre, á quien él se dirigió, hubo de obligarle á que me consultase. Yo había tenido tiempo ya de reflexionar, y me había convencido de que no podía abandonar á mi pobre madre enferma, y á mis tiernos hermanitos. Así lo dije á mi prometido, quien me propuso aguardar aun algun tiempo, pero á condición de fijar una época definitiva para la celebración del casamiento, á lo que no pude acceder, porque nada me prometía el que mi situación cambiase. M. X. me propuso entonces reunir ambas familias; ¿pero debía yo aceptar una oferta tan generosa? ¿Podía exigirle esesacrificio y que cargase con cuatro personas en vez de una? ¿Era posible, tan joven é inesperada como yo era alternar debidamente entre mi madre, mi esposo y mis hermanos? Todo lo que yo creí comprender era, que Dios, al separarnos de mi padre, me había trazado un camino enteramente nuevo y distinto, y resuelta estaba á seguirlo cualesquiera que fuesen mis sentimientos y dolores.

Dios asiste á los que siguen su ley, y aunque esto es una verdad elemental que la religion enseña y cuyo convencimiento nos es mas íntimo, sin embargo, cada acto de su bondad nos causa una nueva sorpresa, así como tambien nos produce el mismo efecto cada nueva decepción; y esa duda inherente á la naturaleza humana, es una consecuencia lógica de nuestro estado pecador: el hombre que se siente culpable, juzga á Dios por sí mismo; represéntasele á su imagen, esto es, tardío y lento en perdonar las ofensas; pero las gracias del Eterno son siempre permanentes, pues infinitamente grande, sabe que el hombre es polvo miserable, é infinitamente bueno, muéstranos siempre su piedad y misericordia.

No recuerdo lo que pasó despues de aquel tiempo: mi memoria halla un vacío entre el pasado, al que daba un eterno adiós, y el porvenir que no entreveía.

A los diez y ocho años, poco mas ó menos, recibimos en nuestra casa á una señora que estuvo con nosotros durante unos quince días, la cual vino recomendada por uno de nuestros parientes, y que aceptó nuestra hospitalidad por lo mismo que no era rica y la buena voluntad con que la recibimos.

No obstante, nos considerábamos por demas muy buenos católicos para que no llamase nuestra atención cualquiera diferencia religiosa: esta señora parecia muy piadosa; siempre mezclaba en sus conversaciones el amor á la ley santa de Dios y su nombre soberano; pero muy difícil hubiérame sido el decir en qué nos diferenciábamos de ella, si bien obedecía á un sentimiento instintivo creyéndola separada de nuestra comunión religiosa. Un día, preguntándola acerca de esto, nos dijo que siendo católica por nacimiento había abrazado, sin embargo, la religion evangélica. ¡Evangélica! ¿Qué es esto? ¿Pues qué, no éramos evangélicos nosotros que teníamos un ministerio jamás interrumpido y que se remontaba hasta el siglo de los apóstoles y de los autores sagrados del Evangelio? Y entonces nos con-

testó, que «evangélico» quería decir seguir la ley pura del Evangelio antes que la de los hombres. ¿Pero no seguíamos nosotros esa misma ley predicada y aun explicada por nuestros sacerdotes hasta á los mas simples, á fin de que lo comprendiesen? ¡Pobre mujer, cuánto la compadecíamos por no someterse á las palabras de nuestros santos doctores, y cuán extraño nos parecía entonces su fanatismo! ¡Cuántas plegarias dirigimos á la Virgen para que la trajera al buen camino! Por lo demás, pasaron aquellos días que debía estar á nuestro lado, y no nos preocupamos por mucho tiempo de lo que era ó dejaba de ser.

La víspera ó antevíspera de su marcha, recibí la visita de un amigo á quien nos presentó como participando de sus mismas convicciones religiosas, y entonces supimos que había una congregación «evangélica», lo cual habíamos ignorado hasta aquel momento.

Era imposible ver una figura mas venerable, mas simpática y que respirase un aire de piedad mas pura, que la de aquel caballero hacia quien experimentábamos un vivo sentimiento de lástima, al oírle decir «que él también había sido católico, pero que había renunciado á los errores de la Iglesia romana para servir á Dios en espíritu y en verdad.» Pobre alma extraviada, me dije entonces; ¡quiera el Señor antes de que sea tarde que reconozcas cuán lejos te hallas del verdadero camino y vuelvas á entrar en el gremio de la Iglesia!

Antes de separarse de nosotros aquella señora, me dejó como recuerdo un librito del Nuevo Testamento, y al leerlo, comprendí muy pronto que mi devocionario contenía muchas citas de aquel libro, alegrándome mucho de un descubrimiento que parecía confirmar la excelencia de nuestra fé, y preguntábame cómo era posible sospechar de una religión que tenía por base aquel mismo Evangelio del que tanto se hablaba. Seguí mi lectura con un gozo extraordinario, que aumentaba de día en día ante la conformidad de aquel texto con la práctica y enseñanza de nuestra Iglesia.

(Se continuará.)

NOTICIAS VARIAS.

Se nos ha remitido para su inserción en nuestro periódico la siguiente noticia que con gran placer publicamos:

Iglesia Española reformada de Cádiz.

Aunque todavía no pertenezco como miembro á la Iglesia de este nombre, me encuentro en el caso de hacer público y describir el acto solemne que tuve la dicha de presenciar en la noche del domingo 30 del mes anterior. Baste decir para conocimiento de los amantes de la verdadera Iglesia de Cristo, que no se podía penetrar con facilidad en aquel recinto de oración media hora antes que se diese principio al culto, y que cuando este tuvo lugar, en el cual se dió la comunión á los fieles por el pastor D. José Hernandez, me encontré agradablemente sorprendido al ver el crecido número de comunicantes, pues llegué á contar de 70 á 80 personas que se aproximaron á la mesa del Señor para recibir la Santa Cena, debiendo consignar al mismo tiempo que el espresado local se encontraba lleno de gente en sus dos salones y además en sus ángulos y corredores.

Allí tuve el placer de escuchar las elocuentes y conmovedoras frases del pastor Hernandez, y á la vez el de observar el recogimiento y fervor con que se recibían por multitud de personas, entre las que descollaban por estas cualidades el ilustrado y apreciable joven D. Antonio Clavero, que según tengo entendido es el secretario de la Junta, D. José Blaudino, D. Pedro Corrales, el Sr. Barranco y otras personas cuyos nombres no he podido averiguar.

La propaganda religiosa aumenta día por día, y tan brillantes resultados son la viva expresión de

los sentimientos en que abundan los que no siguen los errores del papismo.—JOAQUIN MARTINEZ.

El movimiento religioso, que tan marcadamente se acentúa en Alemania, parece que ha sobreecogido á Roma que se asusta ahora, cuando ya no tiene remedio, de su propia obra y de los graves conflictos para la Iglesia que vá á causar la ceguera del partido jesuita y el espíritu de temeraria intransigencia predominante en la conducta de los consejeros de Pío IX.

El Gobierno bávaro se ocupa en este momento de una petición por la cual, en adelante, no se confieren las plazas vacantes de capellanes en las escuelas mas que á eclesiásticos que hagan profesión de no reconocer el dogma de la infalibilidad.

En Munich se firma un memorial contra el nuevo dogma para apoyar la resistencia de los profesores de la Universidad. Esta esposición está ya firmada por 6.000 personas.

Se aguarda con impaciencia una nueva publicación del ilustre escomulgado, el canónigo Doellinger, que precise su posición en frente de la Iglesia romana.

Un periódico de Pesth ha invitado á los húngaros á que envíen una adhesión á Doellinger, y muchas son las ciudades y pueblos de Hungría que la están preparando.

El catedrático Friedrich, comprendido también en la escomunión del Papa, acaba de dar á luz un notable escrito en el que con el título de *Documenta ad illustrandum concilium vaticanum anni 1871*, combate enérgicamente el dogma de la infalibilidad.

También se ha verificado en Aarau (Suiza) una numerosa reunión de ciudadanos pertenecientes á diversas confesiones, con el objeto de discutir la cuestión de la infalibilidad del Papa.

La asamblea decidió por unanimidad, después de un discurso pronunciado por el consejero de Estado Keller, oponerse enérgicamente á las usurpaciones de la curia romana.

¡Si habrá llegado para Roma el principio del fin!

En el lugar correspondiente de La Luz publicamos la carta que la sociedad emancipadora del clero italiano ha dirigido al canónigo Doellinger.

Con este número recibirán gratis nuestros suscritores de España un folleto contra la guerra publicado por la Sociedad religiosa de cuáqueros de la Gran Bretaña. El asunto no puede ser mas de actualidad, puesto que aun están humeantes las cenizas amontonadas por el odio de dos grandes naciones, llamadas á vivir enlazadas en una fuerte alianza, apoyándose en todo lo que hay de verdadero y noble en el carácter de ambos pueblos y no á destruirse recíprocamente como acaban de hacerlo con gran escándalo del mundo civilizado.

De la *Correspondencia de España* tomamos la siguiente grave noticia:

«Esta mañana ha tenido lugar en la parroquia de San Sebastian uno de aquellos actos que consuelan y que dejan en el corazón de los asistentes un agradable recuerdo.

El maestro protestante de la calle de la Cabeza se ha convertido al catolicismo, siguiendo al maestro la mayoría de los chicos que allí asistían.

Tenia una niña sin bautizar, y con gran ceremonia la ha bautizado el señor obispo de Jaén, siendo padrinos los señores condes de Belascoain. Han asistido á la ceremonia la junta parroquial de católicos, varios diputados á Cortes y algun señor senador.

Los señores condes, con su bondad acreditada, han hecho varios presentes á la esposa del maestro, y una de sus lindas hijas les han entregado en metálico una buena limosna.

Al concluir la ceremonia, todos los asistentes han acudido á la inauguración de la escuela que acaba de convertirse al catolicismo.»

Solo se nos ocurre una reflexión. Si los protestantes hubieran hecho una limosna crecida á un católico que se convirtiera al Evangelio, ¿qué hubieran

dicho los romanistas? Que hacíamos prosélitos por unas cuantas monedas. No lo hacemos y se nos acusa de esto; ¿qué dirían si lo hiciéramos? Nosotros no decimos nada sino que nos alegramos por el Evangelio, y lo sentimos por el maestro que este se haya separado de los protestantes.

De nuestro apreciable colega *Gil Blas* tomamos el siguiente suelto:

«*Aventuras clericales.* Sobre si el cadáver de un niño había de ser conducido al cementerio descubierto ó cubierto (en lo cual estaba envuelta una cuestión de profanos maravedises), un sacerdote de Bilbao promovió una zagalarda en la casa mortuoria, no sin haber dicho esto á la pobre madre que le preguntaba: «¿Y qué voy yo á hacer de mi hijo?»—«Escabéchele Vd.» (PALABRAS TESTUALES.)

Tengo entendido que se sigue causa contra el clérigo.

Pero sospecho que será absuelto: ¿quién se atreve con los presbíteros?

A bien que buenas indulgencias se ganará el juez que lo absuelva.

¡Vaya!»

Durante el mes de Abril han sido robadas, según un colega, las siguientes iglesias:

Parroquia de Santoña, santuario de la Bien Aparecida, parroquia de Villanueva del Duque, de Osera, de San Andrés de César, de Serantes, de Manayaca, de Toda, de Surnio, de Orrio, de Salto, de Villalon, de Gélida, de Subirats, de Nueva Castilla, de San Jorge de Artes, de Bernantes, de Vilaboa, de Villamayor y de Burgo.

Total 20 iglesias robadas en un mes. Tienen razón los periódicos católicos: el celo religioso de sus correligionarios vá aumentando de un modo extraordinario.

Anoche celebró su matrimonio religioso en la capilla de la Madera Baja el joven D. Antonio García con la señorita doña Josefa Ramirez Saavedra.

Dios bendiga á los nuevos esposos y les dé cuanto necesitan para que sean un modelo entre sus hermanos.

El Sr. García, á pesar de sus pocos años, ha trabajado con celo en la causa de Jesucristo, y en mas de una ocasión ha espuesto su vida por evangelizar, como en Majadahonda, por ejemplo, en donde el sacristan del pueblo les hizo fuego á él y sus compañeros con un revolver que en la mano llevaba, por todo argumento. Creemos, por nuestra parte, que el nuevo estado en que entra el Sr. García no paralizará su trabajo, sino que, por el contrario, lo proseguirá con mas fé ayudado por la compañera que esperamos Dios le ha escogido.

El sábado por la noche salió para Camuñas nuestro amigo el Sr. Moore, miembro del Comité evangélico de Madrid, con objeto de examinar el estado de la obra y ver cuáles sean sus necesidades para satisfacerlas.

El miércoles 17 del presente, á las ocho y media de la noche, se reunirán para orar todas las congregaciones evangélicas de Madrid en la iglesia del Redentor, calle de la Madera Baja, núm. 8, y el miércoles 24, á la misma hora, en la sala evangélica de la calle de la Libertad.

En nuestro próximo número publicaremos el todo ó parte del Código de disciplina para todas las iglesias unidas, aprobado en la Asamblea general habida en Sevilla el 11 del pasado mes de abril.

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.